

LA AGRESIVIDAD EN LA CONDUCTA HUMANA

DR. RAMÓN DE LA FUENTE*

EN LA VIDA INDIVIDUAL Y SOCIAL, la agresividad se muestra a cada paso con múltiples rostros. Puede ser física o verbal, deliberada o impulsiva. Puede ser desplazada o inhibida. Puede verse al exterior o estar dirigida contra la propia persona.

Algunos modos de ser agresivo son estereotipados y constituyen rasgos del carácter. Términos tales como cólera, enojo, hostilidad, odio, resentimiento, crueldad, violencia, sadismo, masoquismo, destructividad, etc., se refieren a distintos niveles de organización y de expresión de la agresividad.

De lo anterior se deduce que "agresividad" es un término genérico, un tanto abstracto, que puede usarse en un sentido más general en tanto que los conceptos que hacen alusión a modalidades específicas de la agresividad necesitan ser definidos o aclarados.

La agresividad como tendencia a ser agresivo

* Departamento de Psicología Médica, Psiquiatría y Salud Mental. Facultad de Medicina, U.N.A.M.

debe ser distinguida de la conducta agresiva y de las expresiones afectivas de la agresividad; las emociones de enojo y de cólera y los sentimientos de odio y hostilidad. El odio y la hostilidad son sentimientos. Representan una forma de enojo menos violenta pero más estructurada y sostenida que la cólera.

El término "violencia" se refiere a la expresión directa, cruda y explosiva de la agresividad, en contraste con otras formas más intelectualizadas y sutiles como la mordacidad y el sarcasmo.

La observación y la clínica muestran que al lado de personas que son agresivas en cuanto a que son explosivamente coléricas, pero cuya cólera se desvanece apenas expresada, hay otras que parecen estar siempre dispuestas a sentir odio y hostilidad. No pueden tolerar ni las ofensas, ni el bien de otros. Su disposición a la agresividad es permanente. Al lado de estas gentes, hay otras que experimentan la mayor repugnancia ante todo lo que significa crueldad y violencia.

LA AGRESIVIDAD EN LA PATOLOGÍA HUMANA.

El papel que la agresividad juega en la patología humana ha recibido comparativamente poca atención. Sin embargo, la agresividad juega un papel importante en una gran variedad de condiciones patológicas.

Es bien sabido que niños que han sufrido estados encefalíticos se tornan impulsivos y violentos. Los estudios anatomopatológicos ponen de manifiesto lesiones en los ganglios basales, en el hipotálamo y en la sustancia gris periaqueductal del tallo cerebral.

Es también un hecho conocido que la conducta de enfermos que sufren epilepsia del lóbulo temporal, la cual se relaciona con alteraciones en el sistema límbico, se caracteriza entre otros desórdenes de la personalidad, por agresividad explosiva.

Es frecuente que enfermos que sufren lesiones que afectan la corteza orbitaria del lóbulo frontal y la parte anterior del hipotálamo, sufran cambios en la personalidad. Entre estos cambios, la agresividad es prominente. Algunos de los efectos indeseables de la lobotomía prefrontal son la intolerancia para las frustraciones, la impulsividad y la propensión a la violencia.

La agresividad destructiva en sus distintas formas, es un ingrediente común en enfermedades mentales no lesionales.

El odio que albergan las personalidades paranoicas es profundo. Atribuyendo actos agresivos a los demás, se sienten libres para convertirse en agresores, imprimiendo entonces a sus actos un carácter defensivo. El delirio paranoico resulta de la proyección de impulsos agresivos y de la pérdida del contacto con la realidad.

Los impulsos agresivos son contenido habitual en las ideas obsesivas y en los actos compulsivos. Algunos enfermos obsesivo-compulsivos experimentan en forma recurrente impulsos a hacer daño a los demás. Paradójicamente, estos impulsos están con frecuencia dirigidos hacia las personas más cercanas y queridas y el enfermo las experimenta como algo ajeno a él y en completa contradicción con sus deseos concientes. Una explicación es que el enfermo realmente tiene esos impulsos y es por ello que sufre y toma medidas para no llevarlos a cabo. Aparentemente ocurre que el impulso se ha separado del deseo conciente y ha sido reprimido, pero pugna aún por su reconocimiento y su descarga.

Al lado de estas personas que temen herir a los demás, hay otras que viven continuamente preocupadas de que a sus seres queridos les ocurran accidentes particularmente crueles y sangrientos. Sienten angustia por no poder prevenir esas desgracias cuya ocurrencia es independiente de sus propias acciones. El estudio de estos enfermos muestra que en realidad alientan impulsos hostiles hacia las personas que dicen amar y que sus temores son una forma de contrarrestar esos deseos. Los temores crueles y las tentaciones agresivas se mezclan en algunos casos.

Es bien sabido que la agresividad explota en cualquier momento en forma peligrosa en algunos enfermos esquizofrénicos catatónicos. La tensión agresiva parece acumularse hasta alcanzar el umbral en el cual la descarga es inevitable. Estos enfermos, por causas aún desconocidas: psico-fisiológicas o químicas, han perdido el control de sus descargas agresivas, de manera semejante a lo que ocurre en algunos lesionados cerebrales, enfermos epilépticos, etc.

La agresividad reprimida es un elemento que ha sido comúnmente identificado en el dolor psicogénico de carácter histérico. No hay duda de que algunos dolores crónicos intolerables son de esta naturaleza y están relacionados con impulsos agresivos bloqueados en su expresión. El enfermo ignora su impulso, pero éste retorna en el síntoma conversivo.

La conducta autodestructiva es muy aparente en algunas condiciones patológicas. El enfermo severamente deprimido se reprocha, se devalúa y se ataca a sí mismo y todo puede culminar con su autodestrucción.

Hay personas cuyas vidas están dominadas por el masoquismo moral. Llevan su abnegación y su ascetismo al extremo. Actúan en contra de sus intereses, se agreden veladamente y cometen errores en forma reiterada que los conducen a la infelicidad. Esta tendencia puede coexistir en la misma persona con la tendencia sádica a humillar y a hacer sufrir. En algunas personas la necesidad de sufrir o hacer sufrir condiciona su capacidad para el goce sexual.

Si bien hay delincuentes que expresan su agresividad libremente, sin que sus actos violentos despierten en ellos sentimientos de culpa, otros, sin advertirlo, buscan la oportunidad de expiar su cul-

pabilidad inconciente cometiendo errores o imprudencias que conducen a su detención.

Algunos psicópatas, no parecen estar dotados de un potencial agresivo mayor que el de otras personas. Su defecto consiste en una deficiencia de los mecanismos que normalmente inhiben, modulan o posponen la descarga agresiva. Su capacidad para tolerar frustraciones es reducida y actúan agresivamente en una variedad de circunstancias en que la agresividad es innecesaria o contraproducente.

La agresividad parece jugar también un papel central en numerosos trastornos funcionales y en ciertas enfermedades psicósomáticas¹.

Los fisiólogos han aportado pruebas experimentales. Un animal al cual se le provoca agresividad al mismo tiempo que se le impide descargarla, sufre un aumento en la tensión arterial, en el tono de la musculatura lisa y de la estriada y como consecuencia perturbaciones circulatorias, endócrinas y metabólicas. El paralelismo se establece con alteraciones semejantes que ocurren y se hacen permanentes en el hombre que vive en situaciones frustrantes y generadoras de hostilidad, cuya expresión se ve impedida por obstáculos externos o internos.

La relación de la agresividad inexpressada, al lado de otros factores con el síndrome de hipertensión arterial y con otros síntomas somáticos, como la artritis reumatoide y la jaqueca hemicránea ha sido repetidamente señalada. Con frecuencia el hipertenso es un sujeto que durante años alienta sus rencores y sus pensamientos agresivos sin llegar nunca a manifestarlos. Su ideación hostil permanece en buena parte inconciente. Esto constituye una tensión interna que mantiene a su organismo física y psíquicamente preparado para ejecutar actos agresivos que nunca lleva a cabo. Eventualmente se establece la hipertensión que es una fracción de la pauta fisiológica normal de la agresividad. En el artrítico es otro sector de esta pauta fisiológica, el aumento del tono en el sistema muscular, el que es activado en forma persistente y más allá de sus límites fisiológicos. El daño articular es su consecuencia a largo plazo.

En la jaqueca hemicránea la represión de la agresividad que se genera en exceso juega un papel importante. A menudo la crisis es desencadenada por una situación en la cual el enfermo se encoleriza y no muestra al exterior su disgusto. La emoción no aliviada hace uso de mecanismos vaso-

motores, particularmente inestables, en los enfermos jaquecosos.

En los casos anteriores, la agresividad es principalmente inconciente, la expresión externa falta aún en presencia de provocaciones externas. La importancia relativa en estas enfermedades de la agresividad y de otros factores no psicológicos, no ha sido aún satisfactoriamente esclarecida.

Lo que aparentemente tiene mayor importancia patogénica no es la simple supresión voluntaria de la descarga del impulso agresivo o su descarga en formas indirectas, sutiles, o simbólicas, comprensibles en término realistas, sino su bloqueo involuntario, es decir su represión y la puesta en juego de mecanismos auxiliares para mantenerla.

El examen de las constelaciones patológicas a que nos hemos referido y en las cuales la agresividad juega un papel importante, pone de manifiesto que la agresividad es un proceso complejo cuyos elementos: el impulso, el afecto, las fantasías y la expresión, son disociables y que puede dirigirse contra la propia persona.

En el hombre, la agresividad y la angustia parecen estar íntimamente relacionadas. ¿Cuál es esta relación? ¿Son la angustia y el miedo desencadenadores de la agresividad? Un hecho, comúnmente observado, es que ante situaciones de frustración o de amenaza, el hombre puede reaccionar con cólera o con miedo, pero también ocurre que desde niños tememos a las consecuencias de nuestra agresividad y sentimos miedo ante la posibilidad de hacer el daño que quisiéramos infligir a otros. En algunas personas es posible percibir el miedo subyacente a sus actos agresivos. Personas dominadas por el miedo o la angustia pueden cometer agresiones violentas.

LA AGRESIVIDAD EN EL CARACTER

La agresividad juega un papel importante en el carácter. Algunas personas son incapaces de expresar enojo o de exteriorizar agresividad en ninguna forma. Son personas cuyo estilo es suave y que se salen de su camino para ayudar a otros. Lo que superficialmente aparece como bondad, no es en ellas sino una forma de contrarrestar sus tendencias agresivas. En algunos casos hay una distorsión inconciente del sentido de autoafirmación. La persona trata a sus impulsos auto-afirmativos como si fueran verdaderamente destructivos y los reprime en

un intento de evitar el castigo y la pérdida del amor de los demás.

Hay dos modos principales como la agresividad se organiza en el carácter de los seres humanos:

La auto-afirmación, que es valentía, espíritu de aventura y creación, necesidad de actuar y de enfrentar obstáculos, de acometer, en contraste con la tendencia a ceder, a someterse, a retirarse ante los impedimentos. La auto-afirmación representa un modo de ser que no implica una negación de los demás; por el contrario, puede encontrar satisfacción en ayudar a otros a afirmarse a sí mismos. Aunque persigue sus metas con valentía, y se defiende cuando sus valores son puestos en peligro por otros, la persona auto-afirmativa no se ensaña con sus rivales vencidos. Jamás destruye por destruir. Si la destrucción ocurre, es accidental, en todo caso hay un exceso de legítima defensa.

La destructividad que se muestra en la conducta de algunas personas, poco tiene que ver con la agresividad que encierra el sentido de una afirmación o de una defensa. Para las personas destructivas es más fácil detestar que amar, destruir que construir. Algo en el carácter de la persona destructiva lo impulsa a sembrar el sufrimiento a su alrededor, aún sin percatarse de ello. Es cruel, no tanto en respuesta a provocaciones actuales, que pueden ser meros pretextos para expresar el odio que alberga en su interior, sino como consecuencia de una necesidad irracional de destruir. La destructividad es la forma perversa de la auto-afirmación.

LAS FUENTES DE LA AGRESIVIDAD

¿Cuáles son las fuentes de la agresividad en los seres humanos? Observaciones psiquiátricas y psicoanalíticas, datos derivados, del estudio de la conducta animal, de la sociología, la antropología y de las investigaciones experimentales, arrojan alguna luz sobre este problema elusivo.

¿Están los humanos dotados como condición inherente a su naturaleza, de una fuerza instintiva, que impulsa a la destrucción y que debe de ser satisfecha? ¿Es acaso la agresividad algo innato o bien, algo que no es innato sino aprendido; no un producto de la naturaleza, sino de la sociedad?

El debate se establece entre una concepción instintivista y una concepción ambientalista de la conducta humana. La primera sostiene que la conducta humana es esencialmente conducta instintiva, filogenéticamente determinada y que las tendencias

hostiles son básicamente respuestas no aprendidas a ciertas excitaciones que se generan en el interior del organismo. La concepción ambientalista por su parte sostiene que la conducta agresiva es esencialmente conducta ontogenéticamente determinada y que tiene que ser elucidada por estímulos que se originan fuera del organismo.

Las implicaciones de ambas posiciones extremas son claras: si los seres humanos están constantemente movidos a agredir, la agresividad no sería reducida substancialmente mediante la eliminación de los estímulos externos capaces de evocarla y la civilización y el orden moral deben basarse en último término en la fuerza y no en el amor y en el altruismo. Si por otra parte, la agresividad representa una reacción, una respuesta a los estados de frustración, suprimiendo las frustraciones, si es que tal cosa fuera posible, se evitarían las reacciones agresivas.

LA AGRESIVIDAD EN LOS ANIMALES

Las observaciones de los etólogos y las de los investigadores en el campo de la psicología animal coinciden en ciertas observaciones relativas a la conducta agresiva en los animales. Estas observaciones contribuyen a la mejor comprensión de la agresividad en los seres humanos, aunque llevan consigo el peligro de las transposiciones injustificadas que pierden de vista que la agresividad humana es precisa y distintivamente humana.

Las observaciones de los etólogos y las de investigadores en el campo de la psicología animal coinciden en ciertas observaciones relativas a la conducta agresiva en los animales. Aunque difieren en cuanto al carácter instintivo o no instintivo de la agresividad. Estas observaciones contribuyen a la mejor comprensión del problema en los seres humanos.

Timbergen² ha hecho notar que entre los animales las agresiones ocurren sólo entre aquéllos que pertenecen a la misma especie, en tanto que las agresiones dirigidas contra animales de otras especies, con excepción de animales predadores que atacan a sus presas, ocurren muy infrecuentemente. Una observación reiterada³, es que si animales entre los que existe una relación de predador y presa, como perros, gatos y ratones son criados juntos desde la infancia, la familiaridad inhibe la ocurrencia de agresiones entre ellos. Es dudoso calificar de agresivos estos actos entre animales ligados por

una relación predador-presa. El animal predador no exhibe emoción alguna, hace las cosas a sangre fría.

Otra observación es que en el reino animal, las agresiones son a menudo desencadenadas por rasgos particulares que sirven de signos-estímulo para desencadenar la conducta agresiva. Timbergen⁴ ha observado que una mancha roja en el vientre, es el estímulo desencadenante y específico en ciertas variedades de aves y de peces. Sin embargo esta mancha estímulo sólo es efectiva cuando los peces están en celo, su territorio es violado y el ataque puede tener éxito. De sus observaciones concluye que no hay en los animales un instinto agresivo general.

Una observación importante es que aun cuando animales de una misma especie pelean entre sí, para conservar el territorio, la comida, etc. o para seleccionar al mejor macho para la propagación, varias especies poseen mecanismos que se ponen en juego para preservar la vida del vencido. Las peleas están diseñadas para medir fuerzas con el rival sin causarle daño grave. Son substitutos rituales (gestos, amenazas y uso de símbolos de sumisión y apaciguamiento) de una verdadera pelea a muerte. Observando las peleas entre lobos, K. Lorenz⁵ ha observado que el animal perdedor da señales de sumisión y que el vencedor las respeta. El permanecer inmóvil o exhibir la garganta vulnerable detiene el ataque. La inmovilidad representa probablemente una forma de esconder los estímulos que liberan la agresión del enemigo. Estas peleas rituales han sido también descritas en algunos peces, pájaros, lagartos y serpientes venenosas.

Comentando la observación de que los animales rara vez luchan hasta la muerte, J. de Carth y F. J. Ebling⁶, hacen notar que en la especie humana los aspectos destructivos de la agresión abierta superan grandemente a los aspectos rituales. En este respecto como en otros, el hombre ocupa un lugar único entre los animales. La destructividad humana, dicen, es esencialmente humana.

Scott⁷ ha condicionado a algunos ratones a ser pacíficos y a otros a ser agresivos y ha observado que si estos últimos son repetidamente derrotados, se vuelven mansos. Sobre la base de sus observaciones rechaza la idea de que la conducta agresiva proceda de un simple instinto, en el sentido de una fuerza impulsora interna, sino más bien la considera condicionada en alto grado por la experiencia.

Estos experimentos no prueban que la conducta agresiva tenga que ser aprendida, aunque sí muestren que la conducta agresiva puede ser incrementada e inhibida por la experiencia.

Ciertos procesos químicos internos íntimamente relacionados con el funcionamiento sexual parecen servir como un estímulo para llevar a cabo actos hostiles⁸. Los ratones comienzan a pelear entre sí a partir del momento en que producen hormonas masculinas, y dejan de pelear cuando se les castra. La conducta agresiva y también la sexual se restauran cuando se les inyecta Propionato de testosterona.

Konrad Lorenz⁹ considera a la agresividad como una impulsión instintiva. Mantiene que el mecanismo de cada patrón instintivo acumula una excitación en un centro particular en el S.N. central. La "energía específica para la acción" se acumula (analogía hidráulica) dando como resultado una baja del umbral para el estímulo capaz de liberar el patrón de la acción.

Ciertamente la agresividad es un componente básico de la conducta y en situaciones apropiadas tanto los animales como los seres humanos pueden actuar agresivamente. Ambos poseen en el cerebro una organización neural, que es el equipo necesario tanto para el despertar de la agresividad, como para su expresión. Este equipo puede ser puesto en juego tanto por estímulos internos como externos. El término instinto implica patrones de despertamiento, motivación y acción que son esencialmente automáticos, están filogenéticamente determinados y son poco influidos por el aprendizaje. ¿Es de acuerdo con este criterio, la agresividad humana un instinto? En primer lugar, es necesario decir que cuando el término instinto se aplica a formas de conducta cuyas fuentes orgánicas no pueden ser identificadas, resulta un tanto vago e impreciso. Por otra parte, los datos de que tal o cual conducta tiene un carácter instintivo en los animales, no autorizan a trasladar estos hallazgos directamente a los seres humanos, cuyo desarrollo difiere esencialmente con el de otros vertebrados por ser un proceso plástico abierto a múltiples influencias, en contraste, con el desarrollo relativamente cerrado del animal. Si bien, cualquier forma de conducta humana tiene precursores en la de organismos más simples, la tendencia en la filogenia es a una disminución del poder determinante del instinto en el mismo grado que la capacidad de aprender aumenta en importancia.

Si la naturaleza instintiva de la agresividad en los animales es aceptada con reservas y limitaciones por algunos estudiosos de su conducta, en los seres humanos es aún más dudoso que puede atribuirsele un carácter instintivo, es decir, algo del orden de una corriente continua o recurrente de impulsos que se generan en fuentes somáticas internas. En todo caso podría decirse que el instinto agresivo es el precursor filogenético de la agresividad humana.

Los estudios de Bard¹⁰ y de Kluver y Bucy¹¹, demostraron que las lesiones en áreas delimitadas del cerebro o su estimulación experimental inducen docilidad o ferocidad en animales. Las investigaciones de estos autores complementadas y refinadas por otros, han establecido que en las regiones subcorticales del cerebro hay un mecanismo innato para la conducta agresiva, situado caudalmente en el sistema límbico y sobre el cual, las partes situadas por delante y la corteza cerebral ejercen una acción inhibitoria. El estudio de casos de conducta anormalmente agresiva en seres humanos que sufren alteraciones orgánicas del cerebro, lleva a conclusiones similares.

La capacidad de reaccionar agresivamente es algo necesario para la preservación del individuo en el mundo peligroso que habita y por ello tiene asiento en una organización neural específica que no es sino un mecanismo de emergencia, construido en el curso de la evolución, para asegurar la supervivencia de la especie en situaciones extremas.

ASPECTOS PSICOANALITICOS.

Freud¹² concibió a los seres humanos como dotados genéticamente de una cantidad dada de energía, de naturaleza destructiva en el sentido más amplio, que inevitablemente debe expresarse en una u otra forma. Esta energía está en un principio invertida en la propia persona. En el curso del desarrollo se derrama sobre objetos externos y si es bloqueada o inhibida en su manifestación directa externa, busca un modo de expresarse indirectamente. Si su expresión externa se ve impedida del todo, retorna sobre el individuo mismo y puede destruirlo. En el curso del desarrollo individual la conducta al servicio de la destructividad se hace más variada y eficiente y sólo se ve atenuada por su mezcla con el amor.

El punto de vista de Freud es que las agresiones se generan en una fuente interna de energía siempre activa y tendiente a buscar avenidas de ex-

presión y que los estímulos externos juegan en ellas un papel secundario.

Un punto de vista diametralmente opuesto al de Freud fue expresado en 1939 por Dollard y sus colaboradores¹³. Este psicólogo postuló que la agresividad no es una cantidad genéticamente determinada de energía en busca de expresión, sino un producto colateral de la frustración; la respuesta invariable a ella. Si la agresividad es universal, es porque en nuestra especie la frustración de pulsiones básicas es también universal. Según este autor no hay una pulsión destructiva primaria. La tendencia a actuar agresivamente varía con la cantidad de frustración.

Aunque actualmente pocos se adhieren a la hipótesis de Freud sobre la génesis de la conducta agresiva en un instinto tánico, no negarían que el haber atribuido a la destructividad irracional un papel fundamental en la conducta humana al lado del instinto sexual, representó un avance en sus formulaciones teóricas sobre los motivos de la conducta humana. El concepto del instinto de muerte ha sido generalmente rechazado porque la observación clínica no permite pensar que la destructividad sea parte fija del equipo humano ni concebir la hipótesis de que la alternativa para los humanos es destruir a los demás o destruirse a sí mismos. Por otra parte, los biólogos no consideran que para explicar la progresión inevitable hacia la muerte, sea necesario postular un instinto. La vida es un proceso que por su propia naturaleza conduce a la muerte.

Por otra parte, el considerar que diversas formas de conducta dimanen de una misma fuente de energía instintual sujeta a procesos de fusión, sublimación y neutralización, permite relacionar a la agresividad con acciones diferentes y distantes (lo mismo puede decirse del sexo), sin embargo, este punto de vista conduce a confusiones. Pensar en términos de fuerzas motivadoras específicas, cada una de las cuales provee el ímpetu para conductas de rango limitado, explica mejor los hechos observados.

En su obra "El corazón del hombre", Erich Fromm¹⁴, distingue entre agresividad que directa o indirectamente está al servicio de la vida y otras formas malignas que caracterizan al impotente y al débil, al que es incapaz de crear y de vivir autónomamente.

Abordando el problema desde el punto de vista de un humanismo dialéctico, ve en la polaridad vida-

muerte los principios fundamentales que orientan la conducta de los seres humanos. Orientación biofílica y orientación necrófila de la personalidad total son posibilidades que están abiertas al momento del nacimiento.

La persona biofílica ama la vida y el goce. La persona necrófila ama la muerte y la destrucción. El predominio de una u otra orientación depende de las experiencias del niño en los primeros años.

Puesto que preservar la vida es una cualidad inherente a los organismos vivos, piensa Fromm, la necrofilia es una tendencia antibiológica, es decir, una verdadera perversión. Vida y muerte son la polaridad fundamental, pero no se trata como Freud pensó de una dualidad entre dos instintos biológicamente inherentes, sino de la oposición entre dos principios: la tendencia primaria a permanecer vivo y su contradicción, la afinidad por la muerte.

ASPECTOS SOCIALES.

La civilización obliga a los hombres a refrenar sus expresiones agresivas a través de su vida. Sólo les autoriza a expresarlas en situaciones especiales como defensas, en forma simbólica o ritual en las competencias deportivas y más anónimamente en las guerras y revoluciones. De ahí que cuando los seres humanos agreden fuera de las situaciones permitidas encuentran necesario justificar su conducta. Por otra parte, la sociedad y la cultura son fuentes de displacer y de frustraciones. En el grado en que no satisfacen las necesidades básicas de los humanos y crean otras nuevas que cuya satisfacción tampoco proveen para la mayoría, son generadoras de agresividad. Las sociedades y las culturas varían en cuanto a su poder para suscitar agresión y en cuanto a la eficacia de los controles que ejercen sobre los individuos para evitar su expresión.

Aunque las diferencias son importantes, puede decirse que no hay comunidades sin violencia. Los pequeños conglomerados que los antropólogos exhiben como ejemplos de comunidades totalmente pacíficas: los Arapech de Nueva Guinea y los pigmeos Iruri del Congo, son más bien las excepciones que confirman la regla. En algunas sociedades la expresión cruda de la agresividad es en buena parte sustituida por otras formas más sutiles, "ritualizadas". En otras sociedades y en ciertas situaciones en cualquier sociedad, la violencia es altamente valorada y los crímenes son considerados como actos meritorios.

J.P. Sartre¹⁵, en la que puede considerarse su obra principal en teoría social, "Critique de la Raison Dialectique", (1960), concede una gran importancia a la violencia. Acepta la teoría de Thomas Hobbes de que en estado natural los hombres están en guerra unos con otros y sugiere que esto puede ser explicado por la escasez. La escasez hace enemigos a los hombres. En tanto que persista la escasez, violencia y contra-violencia (el mal), son irremediables.

Las personas que esperan un autobús son rivales porque hay escasez de asientos. Uno piensa que los demás sobran y los demás piensan que uno sobra. Como consecuencia se ponen de acuerdo en "hacer cola". El antagonismo es reciprocidad negativa.

La escasez y la lucha contra ella son el motor de la historia, explican las relaciones humanas y las estructuras sociales. La escasez nos hace rivales, nos divide, porque son los otros quienes impiden que haya abundancia para uno. Pero también nos une, nos hace colaborar porque sólo unidos podemos luchar contra ella.

Sin embargo, Sartre piensa que hay esperanza. Crear una sociedad capaz de producir un hombre nuevo en substitución del anti-hombre, el hombre corrompido por la escasez.

Cuando las fuentes de la violencia colectiva se han trazado a sus orígenes, se ha encontrado que el problema tiene raíces en las condiciones sociales. Algunas de estas condiciones son universales y otras derivan de experiencias circunstanciales determinadas por variantes económicas, sociales y culturales. Las primeras parecen ser causas eficientes, las segundas tienen el carácter de causas desencadenantes.

—¿Cuáles son esas condiciones?— Factores que crean o mantienen la desorganización e ineficacia de las instituciones, limitan las oportunidades de sectores importantes de la población para desarrollar sus vidas y capacidades, les privan de la oportunidad de participar significativamente en la sociedad y destruyen su dignidad, su fé en los valores establecidos y su esperanza de lograr cambios por medios pacíficos.

En estas circunstancias, en las que la frustración y la desesperanza son denominadores comunes, nada tiene de extraño que la violencia por mucho tiempo contenida se vierta al exterior en la forma de verdaderas explosiones.

Erich Fromm, ha señalado que la violencia explosiva que ocurre simultáneamente en áreas diversas del mundo occidental, es síntoma de la desintegración de un sistema, cuyas contradicciones internas lo han tornado en ineficaz para satisfacer las necesidades humanas y advierte que para evitar el colapso total, se requieren cambios radicales y no la simple resolución superficial de los problemas.

LAS CAUSAS INDIVIDUALES DE LA AGRESIVIDAD.

El estudio clínico de la agresividad humana muestra que no es ni una corriente interna continua o fatalmente recurrente de impulsos, ni una pulsión perentoria como el hambre, la sed y el sexo. Sólo se suscita en circunstancias específicas y su descarga puede ser insistentemente inhibida. La variedad de formas en que se la puede reducir, intensificar, distorsionar y canalizar en el curso del vivir, sugiere que es un proceso flexible ampliamente abierto al aprendizaje.

Por otra parte no hay que pasar por alto que en la personalidad humana existe también una no-violencia primitiva, una tendencia a cuidar la vida y el bienestar de los demás. Esta bondad y esta tendencia a ayudar es por lo menos tan prevalente en la vida individual y social, como la tendencia a agredir y no puede ser vista como algo secundario.

La observación clínica pone de manifiesto que las personalidades más destructivas se organizan en una atmósfera de frustraciones y desamparo. En ellas, la destructividad tiene el carácter de un profundo resentimiento generado por esas frustraciones y ese desamparo. Pero también ocurre que de las frustraciones dimana una fuerza positiva. La observación pone en evidencia que precisamente aquellas personas que cuando niños fueron consentidos en demasía, se les protegió en demasía de las frustraciones, están cuando llegan a ser mayores poco capacitados para actuar en la vida en forma valerosa, para afirmarse y para defenderse ante los ataques de los demás.

Al parecer el punto importante es la cantidad y particularmente la calidad de esas frustraciones. Si

las frustraciones que experimenta un niño, no sobrepasan su capacidad para tolerarlas, su agresividad se estructura naturalmente, es decir, como una tendencia afirmativa que lo hace sentirse capaz de acometer los obstáculos que encuentra en su camino.

En grados variables, los niños son inevitablemente amparados y abandonados. La madre, el primer objeto del amor del niño es también el primer objeto de su hostilidad. El niño quisiera agredir a su madre porque le hace sufrir, pero se ve obligado a reprimir sus impulsos agresivos hacia ella porque la necesita para sobrevivir. Es muy probable que en la relación transaccional del niño con una madre que no ampara, que frustra y obstaculiza, que le hace generar demasiada agresividad y que también le impide expresarla, se encuentre el origen de la destructividad y de otras distorsiones de la agresividad¹⁶.

En situaciones de emergencia ante las frustraciones y ante las amenazas, para los organismos superiores hay dos caminos abiertos: la fuga y el ataque. La fuga se integra por la percepción del peligro, la emoción de miedo y la conducta evasiva. El ataque se integra por la percepción del peligro, la emoción de cólera y la conducta agresiva. Cada frustración y cada amenaza son interpretadas por el niño. La interpretación y la anticipación de sus consecuencias varían también en diferentes circunstancias. Cuando el niño se siente impotente o vulnerable tiene miedo. Cuando se siente poderoso se encoleriza. La propensión de los humanos a sentirse potentes o vulnerables y los diversos dinámicos para lidiar con la angustia y la agresividad se establecen desde la infancia, se automatizan, se vuelven parte de la estructura del carácter y pueden expresarse en formas psicológicas, o bien como síntomas psíquicos o somáticos en circunstancias que favorecen su emergencia.

Sólo hay una forma sana de orientar la agresividad: en procesos de afirmación y crecimiento, y varias formas patológicas, las cuales lo son por su intensidad, su dirección, sus metas y por los móviles y circunstancias que suscitan su descarga.

REFERENCIAS

- 1 ALEXANDER, F.: *Psychosomatic Medicine*. Norton, Nueva York, 1950.
- 2 TIMBERGEN, N.: *The Study of Instinct*. Oxford, Londres, 1951.
- 3 LORENZ, K.: *On the Nature of Aggression*. Methuen and Co., Londres.
- 4 TIMBERGEN, N.: *Obra citada*.
- 5 LORENZ, K.: *Obra citada*.
- 6 J. D. CARTHY y F. J. EBLING.: *The Natural History of Aggression*. Academic Press, Londres, 1964.
- 7 SCOTT, J. P. y E. FREDERICSON.: "The Causes of Fighting in Mice and Rats". *Physiol. Zool.*, 24, 1951.
- 8 BEEMAN, A.: "The Effect of Male Hormone on Aggressive Behavior in Mice". *Physiol. Zool.*, 20, 1947, pp. 373-405.
- 9 LORENZ, K.: *Obra citada*.
- 10 BARD, P.: "A Diencephalic Mechanism for the Expression of Rage with Special Reference to the Sympathetic Nervous System". *Am. J. Physiol.* 84, 1928.
- 11 KLUVER, H. y P. C. BUCY.: "Preliminary Analysis of Functions of the Temporal Lobes in Monkeys". *Arch. Neurol. Psychiat.*, 42, 1939.
- 12 FREUD, S.: *El problema económico del masoquismo*. En: *Obras completas*, Vol. II, p. 1016. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- 13 DOLLARD, J. et al.: *Frustration and Aggression*, Yale, New Haven, 1939.
- 14 FROMM, E.: *El Corazón del hombre*, 2a. ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1967 (Colección Popular 76).
- 15 SARTRE, J. P.: "Reason and violence", R. D. Laing y D. G. Cooper. *Travistok Press*, 1964.
- 16 NACHT, S.: "De la agresividad como fuente de las contradicciones humanas". *Arch. Med. Méx.*, 1956. (Traducción del original).